

Cine Popular

Año I
Número 12

REVISTA
SEMANAL
ILUSTRADA

Barcelona
18 Mayo 1921



■■■■■■■■■■

Tom Mix

celebrado actor
americano, prota-
gonista de gran
número de pelícu-
las de serie que
han conseguido
la admiración de
nuestro público.

Filmoteca
de Catalunya

20 céntimos

Publicaciones Mundial

Rambla del Centro, 11, entlo. - Barcelona

Descosos de complacer a varias solicitudes en demanda de postales de los mejores artistas cinematográficos, PUBLICACIONES MUNDIAL se complace en ofrecer a sus lectores y corresponsales las postales fotográficas de los siguientes artistas:

ARBUCLE ROSCOE (FATTY)
CHARLES CHAPLIN (CHARLOT)
GRACE CUNARD (LUCILLE LOVE)
WILLIAM DUNCAN
DOROTHY DALTON
DOUGLAS FAIRBANKS
FRANCIS FORD (CONDE HUGO)
GERALDINA FARRAR
PAULINA FREDERICK
KETTY GORDON
SUSANA GRANDAIS
MILDRED HARRYS (ex esposa de Charlot)
SESSUE HAYAKAWA
CAROL HOLLOWAY
EDITH JOHNSON
MADGE KENNEDY
CLARA KIMBALL YOUNG
MICHEL LEWIS
MAX LINDER
GLADIS DESLYS
MAE MURRAY
GEORGE WALSH
FANNIE WARD
ALBERTO CAPOZZI
MACISTE
CAMILO DI RIZO
LIVIO PAVANELLI

DORIS PAWN
WILL ROGERS
ALLA NAZIMOVA
MAE MARSH
ANTONIO MORENO
HARRY MOREY
MABEL NORMAND
HEDDA NOVA
JACK PICKFORD
MARY PICKFORD
ANITA STEWAR
CONSTANCE TALMADGE
OLIVE THOMAS
MARIA WALLCAMP
PERLA BLANCA
EDDIE POLO
FRANCESCA BERTINI
PINA MENICHELLI
MARIA JACCOBINI
DIOMIRA JACCOBINI
MIA MAY
HENNY PORTEN
HUGUETTE DUFLOS
VERA VERGANI
ALBERTO COLLO
VITTORIA LEPANTO

Estas postales se hallan a la venta en nuestra Administración, Rambla del Centro, 11, entresuelo, al precio de 20 céntimos ejemplar. También se remiten por correo previo recibo de su importe y del franqueo necesario. Descuentos a corresponsales y revendedores. Rebajas por grandes partidas.

En esta Administración se hallan de venta los argumentos de las siguientes películas de series:

LA PRUEBA DE HIERRO,
EL MONTE DEL TRUENO,
por Antonio Moreno

EL MISTERIO DE LOS 13,
por Conde Hugo

LA FORTUNA FATAL,
UN MILLON DE RECOMPENSA,
LA GOLONDRINA DE ACERO,
por Helen Holmes

EL VENCEDOR DE LA MUERTE,
por William Duncan

LAS AVENTURAS DE POLO,
por Eddie Polo

LOS ARLEQUINES DE SEDA Y ORO
por Raquel Meller

LA NOVELA DE UN JOVEN POBRE
por Pina Menicelli

LA DUENA DEL MUNDO (tres cuadernos)
por Mia May

EL DIARIO DE UNA NIÑA
por Margarita Clark

Estos argumentos se hallan a la venta en nuestra Administración, Rambla del Centro, 11, entresuelo, al precio de 25 céntimos ejemplar. También se remiten por correo previo recibo de su importe y del franqueo necesario. Descuentos a corresponsales y revendedores.

Se han puesto a la venta talonarios para la Lotería Nacional. Blocks de 100 hojas, 1 peseta. Blocks de 50 hojas, 60 céntimos. Envíos a provincias. Descuentos por partidas importantes. Rebajas a corresponsales y revendedores.

El paisaje en el Cine

En estos últimos tiempos las casas productoras han tomado la orientación de dar a la Naturaleza en los films una participación más directa y más íntima.

Así hemos visto desfilan en la pantalla, como fondo de comedias y de dramas, a las costas bretonas, a la Córcega, al Sud de la Argelia y a otros lugares en donde la Naturaleza se ha mostrado pródiga en belleza.

Este hecho no debe ser tratado como una simple decoración de los films. Este hecho tiene un valor mucho más alto.

En primer término hay en él un valor de divulgación que es mucho de agradecer. De esta forma en todo el mundo se pueden admirar aquellos espectáculos de la Naturaleza dignos de contemplación.

Y ya sabemos cómo recoge la máquina a la Naturaleza. A nosotros, ante la vista de algunos paisajes en la pantalla, nos ha parecido que nos encontrábamos en aquellos lugares que veíamos desfilan, y no en un local cerrado y a lo mejor a quince días de distancia. Este es otro valor que alienta en ese hecho: el artístico.

Esta orientación de las casas productoras obtendrá buen número de felicitaciones. Con ella los admiradores del cine se verán aumentados en número mucho más alto.

Admirarán al cine los que ante la vista de las bellezas de la Naturaleza sienten como su sensibilidad rezuma felicidad. Lo admirarán los que gustan de escudriñar los secretos de la Naturaleza, para después, en sus horas de estudios, poder establecer comparaciones acerca de las situaciones geográficas del planeta.

Luego toda esa legión inmensa de admiradores del cinematógrafo, sin darse cuenta, a lo mejor irán adquiriendo una cultura topográfica que cuando principie a dar sus frutos se podrá comprender la importancia que encierra.

Tomando como fondo de los cinemas esas decoraciones, el público del cine irá dejando ese lustre de las acciones retorcidas, en las que casi siempre asoma la tragedia traída a la fuerza.

El público se irá espiritualizando más de lo

que está ya hoy, y cuando piense en el cine se dirá para sus adentros:

—En el teatro la reproducción de la Naturaleza no tiene el verismo ni la emoción que hay en la pantalla.

Y así tendrá que si en otros aspectos el teatro es superior al cine, a éste también le pasa lo mismo con otros.

Quedamos, pues, en que el cine, gracias a esa orientación, que no alabaremos nunca lo que se merece, se ve avalado por un nuevo mérito, una nueva manifestación artística, que, estando en su espíritu, aún no había sonado la hora de ponerla de manifiesto.

¡Cuántos valores hay aún por descubrir en el arte mudo!

Este es para nosotros, actualmente, una cosa virgen, muy virgen.

ALFONSO LARRÁN



LUCILLE RICKSEN
IN
GOLDWYN PICTURES

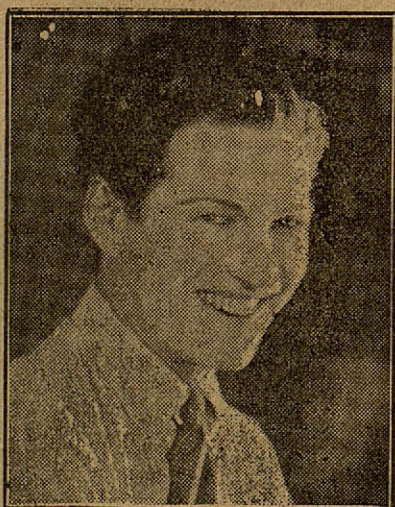
Bellísima artista americana a la que pronto admiraremos en nuevas y selectas producciones



La interesante película histórica *El saqueo de Roma* ha constituido el acontecimiento de la semana. El único pero que podría ponerse es acaso su larga duración. Comparten el éxito con dicha producción la hermosa cinta, de manufactura alemana, *Catalina la Grande* y la gran película americana en 18 episodios *Elmo el temerario*, magnífica producción de gran interés y presentación perfecta.

Han sido, además, bien acogidas por el público *Sirenas de la playa*, algo burda pero de gran comicidad; *Isla de las estrellas*, en la que el célebre Harold Lloyd hace de las suyas; *Miss Terremoto*, amena cinta, creación de la bellísima ingenua Alice Brady; *En el archivo de la infancia*, soberbiamente interpretada por la gentil Mae Murray; *La nueva rica*, interesantísima, por la graciosa Margarita Fischer, que está insuperable; la película dramática *La carta citrada*, de bien combinado y sugestivo argumento, creación de Larkin, y *A las mujeres*, bien presentada e interpretada.

Mediocres, lograron pasar sin pena ni gloria las cintas *El club de los niños*, drama en exceso sentimental; *La tierra manda*, cinema-drama demasiado diluido; *Travesuras de Else y C.^a*, de risa al estilo americano, y *Victoria del impostor*, de escaso relieve.



CULLEN LANDIS
GOLDWYN PICTURES

Joven actor americano que promete ser una revelación

Se anuncian para muy en breve grandes novedades. Allá veremos; pues hasta ahora los programas, a base casi exclusiva de películas americanas, adolecen de gran monotonía.



LOS ARGUMENTOS DE PELICULAS ¿DEBEN SER LITERATOS

SUS AUTORES?

Infinidad de veces se ha dicho y se ha repetido en todos los tonos imaginables que cualquier persona de imaginación fecunda puede inventar excelentes argumentos cinematográficos, aunque no posea la menor instrucción literaria.

Ello es verdad... teóricamente. En la práctica no lo ha resultado. Se llega a esta conclusión cuando se considera lo que ha sucedido en los Estados Unidos. Millares de personas, ante los beneficios que ofrecía la cinematografía, quisieron cultivar alguna de sus especialidades. Muchos se cayeron con condiciones para inventar argumentos y se ofrecieron a las empresas. Hubo un instante en que las casas productoras eran fácilmente accesibles. Muchos llegaron a ver aceptadas las obras que ofrecían. ¿Y qué es lo que sucedió? Al comprobarse quiénes eran los autores, se pudo observar que la inmensa mayoría eran literatos más o menos difundidos y que las obras de los autores improvisados, aunque no carecían en absoluto de interés, estaban desarrolladas de una manera completamente arbitraria.

La cosa no tiene nada de sorprendente. Aunque la galanura de estilo sea una cualidad que para nada puede influir en el éxito de una obra cinematográfica, las demás cualidades necesarias al literato son imprescindibles en el libretista cinematográfico.

La costumbre de observar los hechos y de examinar los procesos psicológicos que pueden mover a los personajes, son inherentes a uno y otro oficio.

Luego, tanto el literato como el libretista deben ser capaces de desarrollar una acción con método y claridad. Han de saber presentar un conflicto complicado y resolverlo, prestando a cada uno de los detalles su justo valor.

Si la firma de expresión de que se valen es distinta, la arquitectura de la obra es la misma.

DE AQUI Y DE ALLA

RICHARD BARTHELMESS

Según nuestras últimas noticias, Richard Barthelmess, el héroe aplaudido de tantos films admirables, es intérprete principal del nuevo éxito de Griffith, *Camino hacia el Este*, ha sido contratado por la «Famous Players Lasky Corporation».

Richard Barthelmess iniciará en breve su trabajo para la nueva empresa. La primera obra que filmará será el drama *Experiencia*.

LA OBRA DE GRIFFITH

La calle de los sueños es el título que ha dado Griffith a la producción que ahora filma.

El argumento está basado en una obra de Thomas Burke, muy popular en los países de habla inglesa.

De un momento a otro la cinta quedará terminada.

En el reparto intervienen Carol Dempster, Ralph Graves, Tyrne Power, Edward Peil, W. J. Ferguson, Charles Mark y otros notables artistas.

Tan pronto como haya terminado *La calle de los sueños*, Griffith iniciará su labor en la prometida adaptación cinematográfica del *Fausto*.

El genio de Goethe, interpretado por David W. Griffith, hace esperar una verdadera obra maestra.

LA MÚSICA EN EL CINE

En los salones neoyorquinos se presta a la música—a la buena música—una atención muy grande.

No sólo disponen de orquestas excelentes, sino, además, de buenos instrumentistas y aun de masas corales.

En la mayoría de los casos las películas se exhiben con una partitura musical adaptada a las obras, que contribuye a su mayor efecto artístico.

LA HIJA DE UN EMBAJADOR, ARTISTA DE CINE

Louise Bayart, una de las actrices de la «Goldwyn», es hija de Thomas F. Bayard, miembro durante diez y seis años del Senado y embajador norteamericano en Inglaterra, durante la segunda presidencia de Cleveland.

Para su nombre teatral Louise adoptó la ortografía francesa, modificando la última letra de su apellido.

Debutó en el cine con la intención de impresionar una sola cinta, como *sport*, pero el oficio de actriz cinematográfica le agradó tanto, que se ha decidido a no abandonarlo ya más.

LOS BOTINES DE CHARLES CHAPLIN

Costaron solamente tres dólares y hoy valen una fortuna.

Van a ir a parar, según se asegura, al Museo Metropolitano de Nueva York, el día en que su propietario se resigne a separarse de ellos.

Carlitos Chaplin acaba de asegurarnos en cincuenta mil dólares contra robo o incendio, y los ha usado (en la escena... se entiende) desde el día de su debut.

Su conservación le ha costado bastante dinero. Las suelas las ha hecho cambiar 37 veces; los tacos, 41; remendados más de 300, y la cantidad de cordones repuestos es incalculable.



WALLACE REID
in "The Roaring Road"
A Paramount Picture

El popular actor americano en una escena de la película BATIENDO EL RECORD

ACTRICES DEL CINEMATOGRAFO

La Venus valenciana

Así la calificó Sorolla cuando Elena Cortesina le sirvió de modelo para uno de los lienzos que el famoso pintor compuso por encargo de una sociedad hispanista de Norteamérica. Y así es, en efecto. Su cuerpo, de líneas clásicas, tiene la gracia robusta de las mujeres levantinas. Parece tejida su piel con pétalos de rosas de suave matiz. Y la cara tiene una dulce serenidad, una deliciosa atracción.

Elena Cortesina ha decidido dedicarse al cinematógrafo.

Y, requerida por un periodista, ha contestado amablemente a sus preguntas.

—¿Dónde nació usted?

—En Valencia. Fuí bautizada en la iglesia de San Martín.

—¿Cuándo decidió usted dedicarse a la danza?

—Desde mi más tierna infancia. La niñera, para contentarme, tenía que bailarse conmigo los «schotixes» y pasodobles que sabía. Apenas

andaba, cuando mi madre tocaba al piano bailables, yo seguía el ritmo adecuado, ante el asombro de parientes y amigos, que exclamaban: «¡Esta niña será una bailarina famosa!» A los diecisiete meses me llevaron a un baile infantil vestida de «Tosca» y «me acuerdo que hice bailar de coronilla a todos los pollos de mi edad». Me dieron el primer premio: una muñeca preciosa que aún conservo.

—¿Y se olvidó, después, de las danzas?

—¡Nunca! En el colegio, donde encantaba a las monjitas con mis piruetas, lo mismo que en mi casa, continuó desarrollándose en mí este instinto de «movimiento ritmado».

—¿A qué edad se presentó usted en un teatro?

—A los trece años. Y ahora tengo diecisiete. En estos cuatro años he conseguido muchos triunfos en mi carrera artística; pero ahora quiero conquistarlos en el cinematógrafo, donde me propongo triunfar definitivamente.

—¿Quiere usted contarme sus planes?

—Ya lo creo. Contrato una compañía a mi gusto, y de la casa de películas que ya funciona yo soy la directora y primera actriz y me escribo los argumentos. Pronto estará filmada la primera película, que será de asunto madrileño.

—¿Se proyectará en España?

—Si la pagan; pues de lo contrario, y con todo el dolor de mi alma, tendré que venderla en París o en América.

—¿Qué tipo representa usted en la película?

—Una orista. El ambiente de la obra es popular. Cuento con un operador americano de primer orden. Estoy segura de que mis producciones tendrán todos los adelantos de la cinematografía.

—Así lo deseo, para gloria de usted y de nuestra patria. De su vida íntima, ¿quiere usted decirme algo?

Elena Cortesina se echó a reír, con un delicioso borbotón de vida y de travesura. Mira con sus grandes ojos acariciadores, en los que hay un leve fulgor de picardía.

—¿De mi vida íntima? ¿Que si tengo amores? ¡Ay!... ¡Qué difícil es esto de contestar! Soy feliz con «los míos», muy poquitos: mi madre y mis hermanos. En ese sagrado grupo me refugio porque tengo miedo a la vida del corazón; he visto muy de cerca los peligros de llevar el alma sin defensa, y me escondo. No vivo más que de mi arte, sólo «amo de amor» a mi arte. El público es mi único amante y a él me entrego en cuerpo y alma. ¿Suele ser ingrato? Yo lucharé para que siempre sea mío. No debe sorprender que escriba mis obras de cine; mi padre fué un literato notable. Ahora recibo cartas de enamorados platónicos, ofreciéndome dinero para mi empresa cinematográfica.



GERALDINE
FARRAR
in THE
STRONGER VOW
Goldwyn Pictures

GERALDINE FARRAR en una escena de la película JURAMENTO SAGRADO

La tragedia de Cachalote

Angel Cachalote estaba enamorado hasta las cachas de una señorita de la clase media. De la hija del jefe de la estación de Vincennes. Esto a primera vista no tenía nada de particular. No era incompatible con su profesión.

Empero, como más tarde verá el lector, sí que tenía mucho de particular, e incluso era incompatible el amor de Cachalote por la señorita con su profesión de películero.

Ya lo hemos dicho. Cachalote era películero. Formaba parte del cuadro artístico de la «Rectángulna-Films». Desempeñaba en él la plaza de actor cómico.

Cachalote había nacido para hacer reír a la gente en la pantalla. Sus gestos eran de lo más dislocante que habían recogido los operadores en sus máquinas cinematográficas. Los argumentos se los escribía él mismo. En casi todos ellos su papel era el de un conquistador de mujeres que operaba en todas partes, pero especialmente en los parques.

El público se imaginaba cinematográficamente a Cachalote desgranando frases amorosas a una señorita, sentados los dos en un banco de un jardín público.

Y Cachalote abusaba de este tipo. Casi todas sus películas se reducían a lo mismo.

No obstante, el éxito le sonreía. Sus producciones eran esperadas ansiosamente por los empresarios de cines. Puñetazos, alquileres más altos, primas, faenas de alivio, habían costado las películas de éste a los empresarios. En los círculos cinematográficos mundiales se consideraba como un triunfo del empresario el dar primero que los otros de la localidad, en su salón, la última cinta impresionada por Cachalote.

Y si esto sucedía en el mundo, ¡qué pasaría en Francia, cuna del actor!

En Francia le conocían a Cachalote hasta los gatos. Cuando veían éstos al popular actor, se ponían a mallar como unos histéricos.

A Rosita le disgustaba en gran manera la popularidad de Cachalote. Le daba no sé qué tener por novio a un individuo como éste. Sus treinta y cinco ya cumpliditos y su fealdad, que cada día que pasaba se acentuaba más, le aconsejaban el sacrificio de tener por novio a Cachalote.

En Vincennes sabían muy poco del noviazgo entre Rosita y Cachalote. Esta lo había llevado

casi en secreto. Rosita conoció al actor en París. Iba de compras por los establecimientos de la calle de la Victoria, cuando notó que dos ojos se clavaban en los suyos en una promesa de amor.

Rosita casi sufrió un ataque cardíaco. ¡Estaba la pobrecita tan poco acostumbrada a aquellas emociones!

A los dos días se enteró de quién era su pretendiente. Mejor dicho, lo confirmó, pues desde el momento que le vio creyó que se trataba del célebre películero. Aquella mañana Rosita había ido a París. Su novio la aguardaba en el andén de la estación. Montaron en un automóvil y se dirigieron al bosque de Bolonia.

Llevaban el propósito de dar un paseo por estos lugares.

Rosita se había cansado y los dos tomaron asiento en un banco. Cachalote estaba tan enamorado de Rosita, que cuando se encontraba a su lado se ponía de almíbar.

Pasó un niño, con su papá, frente al banco que ocupaban los dos enamorados, y lanzó una exclamación:

—¡Mira a Cachalote, papá! Debe estar impresionando alguna película.

Y niño y papá se colocaron a prudente distancia de los dos enamorados, riendo con las actitudes de éstos, suponiendo que estaban filmando.

A la media hora, Cachalote y Rosita contaban con un público numeroso que reía a carcajada batiente. Este creía que Rosita era una películera y que Cachalote estaba filmando una de sus regocijantes escenas.

Cuando Rosita se dió cuenta del espectáculo que estaban dando, enteró a Cachalote de lo que sucedía. Y los dos, con una cara más estirada que un cobero de funeraria, tomaron las de Villadiego montando más que de prisa en el auto y desapareciendo a gran velocidad del bosque.

Una vez en Vincennes, Rosita lloró a lágrima viva su tragedia grotesca. El amor de Cachalote por ella era incompatible con su profesión.

Y por encima de sus treinta y cinco años, ya cumpliditos, y su fealdad, rompió con él por carta.

ALBERTO ECÍJA

La novela de Mary Pickford

(Continuación)

Mary había acogido la obra de Belasco con un inmenso cariño. Diríase que el espíritu de ella se lo había arrancado, para poner en su lugar el que debía tener el personaje que iba a representar. Todas las tardes había ensayo de «Los Warrens de Virginia». Mary no había dejado de acudir a ninguno. E iba a los ensayos con ilusión. La ilusión que le daba el deseo de cumplir a Belasco la promesa que dió en su despacho: «¡Triunfaremos!» Pues había que triunfar.

Aquella tarde tenía lugar el último ensayo de la obra. El teatro presentaba magnífico aspecto. La empresa había invitado a los amigos y a los abonados. De todos los teatros de Nueva York habían acudido para presenciar el ensayo. Mary y Belasco conversaban al fondo del escenario.

—¿Por qué no cambia usted de nombre, Mary? En las artistas de fama es costumbre bautizarse artísticamente.

—¿Le gustaría a usted que me llamase Mary Pickford?

—Mucho. Es un gran nombre artístico.

—Pues de hoy en adelante me llamaré así. Ya puede anunciarlo en las listas de mañana. Pickford se apellidaba la madre de mi madre. Le rendiré un recuerdo a mi abuelita.

Dos actos llevaban ya representados de «Los Warrens de Virginia». Ahora faltaba el último. El decisivo. El que convertiría la obra en un éxito o en fracaso. El éxito de las obras depende en todas partes, lo mismo en China que en América, de la acogida que tenga el último acto. Los dos primeros actos de «Los Warrens de Virginia» habían tenido una franca y buenísima acogida. Si con el último sucedía lo mismo, Mary y Belasco se podían apuntar en su dietario artístico un nuevo triunfo artístico.

Volvió a levantarse el telón. A los treinta minutos cayó entre ruidosos aplausos. «Los Warrens de Virginia» habían triunfado en toda la línea. Belasco y Mary salieron a recoger los aplausos cogidos de la mano. Ambos se achacaban mutuamente el triunfo de la obra. Así lo dieron a entender al público con movimientos significativos.

El triunfo había puesto a Belasco con el sistema nervioso en tensión. Los nervios de Belasco estaban como las cuerdas de una de esas gui-

tarras templadas en noche de ronda. Se encontraba en el cuarto de Mary. Se puso a silbar. Era cosa de la alteración de los nervios. Mary se puso lívida.

—¿Quiere usted hacerme el favor de salirse al pasillo y dar tres vueltas en redondo?

Belasco así lo hizo, con la sorpresa a flor de labios.

—Ahora prométame que no volverá usted a silbar otra vez en mi cuarto.

Belasco se lo prometió.

—Es que yo soy algo supersticiosa, Belasco.

Belasco no abrió la boca. Respetó aquella manera de ser de Mary. Esta ya estaba en disposición de marchar a la calle. El automóvil de Belasco aguardaba a los dos fuera del teatro. La madre de Mary esperaba ya dentro de él. Al llegar los dos a una de las puertas de salida, Mary hizo un movimiento brusco y fué a salir por otra.

—Por ésta, no, que entré cuando vine.

Montaron en el automóvil. Su madre le dió un beso en demostración de homenaje por el nuevo triunfo. El automóvil partió rápido, sembrando una alfombra de luz con sus potentes faros.

Mary era ya una mujer. Había cumplido los diez y ocho años. ¡Y tenía novio! Un novio artista como ella. Se llamaba Tom Moore. Mary había sido contratada para actuar en una película. Tom Moore trabajaba en ella. Los dos hacían los papeles de protagonistas. Representaban a dos novios que se querían mucho. Y a fuerza de hacer este papel acabaron por enamorarse de verdad. Por lo menos Mary se había enamorado locamente. Aquellos amores tuvieron su epílogo en la mansión del pastor. Un día amanecieron casados. La tarde antes el pastor les había echado la bendición, deseándoles una de venturas sin fin.

No se cumplieron los deseos del pastor.

Transcurridos los primeros meses de casados, Mary y Moore fueron el matrimonio más desgraciado de la tierra. No sabían por qué, empero se consideraban desgraciados. Tom se portaba bien con ella. Le trataba como cumplía a un marido cariñoso. Ella no se comportaba tampoco mal.

—Me habré equivocado—decía entre dientes Moore.

—Me habré equivocado—silabeaba Mary.

La madre de Mary seguía la tragedia silenciosa de la pareja con una honda pena.

Moore afrontó una noche la situación. Acababan de cenar y estaban de sobremesa.

—Mary: tú no me quieres, ¿verdad?

—¿Y tú, Moore, me quieres a mí?

—Como yo me imaginé que te podría querer cuando nos casamos, no.

—Pues lo mismo me ocurre a mí.

—Entonces...

—Entonces, Tom, lo que debemos hacer es separarnos. Nos hemos equivocado. Podemos ser felices aún si rectificamos este momento equivocado de nuestra vida.

A la mañana siguiente Mary abandonaba el hogar que había construido juntamente con Tom. Fué una despedida silenciosa, honda, propia de dos personas que tenían un amplio concepto de lo que es la vida. Moore la despidió respetuosamente destocándose la cabeza. Mary se inclinó graciosamente. En aquella despedida se quiso decir: «Entre nosotros ya no queda nada de aquella dolorosa equivocación.»

Cuando la madre de Mary se enteró de la separación, lloró de pena. Era la única que en medio de aquel episodio de dolor no tenía consuelo. Mary y Tom tenían el consuelo de haber roto con aquella angustiosa situación.

* * *

Mary había impresionado algunas películas cómicas en su época de casada. Durante su impresión había reído como una loca. Tanto había reído, que el director artístico le había dicho:

—Mary, si el público ríe como usted, las cintas van a tener un gran éxito.

Al hacerse pública la separación, el camino que conducía a la casa de la madre de Mary era una caravana de artistas, directores de casas productoras, periodistas y fotógrafos. Todos llevaban un deseo que cumplir. Los artistas, a pretexto de lamentar lo sucedido, llevaban la ilusión de recrearse en la pena de la que tantos éxitos les había ganado en buena lid. Los directores de casas productoras llevaban la misión de contratar a Mary. Las casas querían recoger la separación, la desgracia, para fines industriales. Mary sintió, por éstos una gran repugnancia. Con uno no se pudo contener y exclamó:

—Sí, sí; ya sé lo que ustedes desean. Convertir mis lágrimas, mejor dicho, las lágrimas de mi madre, pues han de saber que yo no he derramado por esto ni una sola, en dólares. No es mala idea. Me hacen ustedes el efecto de cuervos que me rondan para darse un festín con mi fracaso.

—¡Por Dios, señora Mary!—balbuceó el director.

—¿Es mentira, acaso?—replicó Mary.—Pues bien; les voy a dar gusto. ¿Cuánto me da usted por contratarme en su casa? Pero ha de ser con la condición de que solamente tengo que filmar cintas cómicas.

—Yo estoy autorizado para extenderle un con-

trato de diez mil libras mensuales. No dirá usted que no es ventajoso el contrato...

—No se trata ahora de eso. Acepto. Trabajaré, pero solamente en películas cómicas.

Y Mary, al poner su firma al pie del contrato, se acordaba de lo mucho que reía impresionando películas cómicas. El contrato se hizo público. La noticia causó sensación. Mary ahogaba su dolor con aquel notición. Eso creyó la gente. Y así era en realidad. A los pocos días Mary hacía su entrada en los estudios. Cuando, como antes, la impresión de cintas cómicas sacudía todo su cuerpo en una viva cascabelera, reía, reía, reía.

Y las compañeras se mordían los puños de rabia. Envidiaban a Mary porque afirmaba con aquellas demostraciones haber recobrado la alegría de antes. Entre los artistas que trabajaban en la misma casa había uno llamado Douglas Fairbanks. Este estaba al tanto de las murmuraciones de que era objeto Mary. Siempre que había tenido ocasión le había defendido. Douglas Fairbanks era musculoso. Se contaban proezas de sus músculos. Además, siempre estaba dispuesto a romperle la caja del pecho de un puñetazo a cualquier mortal. Era tan pronto en pegar como en reír. Con tal defensor, Mary estaba bien guardada.

Douglas Fairbanks no trabajaba en las películas de Mary. No obstante, asistía a todos los ensayos de ésta. Y le comía con sus ojos de fuego. Alguna vez Mary tuvo que bajar los suyos al encontrarse con los de Douglas. Por los de Douglas se escapaba a torrentes todo el amor que sentía por Mary, ¡y el amor pone en los ojos un fuego tan diabólico! A Mary, Douglas le gustaba. A sus oídos había llegado la calorosa defensa que en todos momentos de ella hacía. Un día, al terminar un ensayo, Douglas deslizó en la mano de Mary una misiva. Era una declaración con toda formalidad. Esperaba contestación mañana.

Al día siguiente Douglas fué al ensayo con cierta timidez. ¿Cuál sería la resolución de Mary? Se fijó en que ésta reía más que nunca. Mary filmaba entre explosiones de risa. Al distinguir a Douglas, que presenciaba su ensayo, soltó una carcajada homérica. Douglas se contagió de aquella risa y no pudo contener otra carcajada tan formidable como la de Mary. Cuando terminó el ensayo, Douglas y Mary estuvieron juntos unos momentos. Reían los dos. Los compañeros les miraban a hurtadillas. Parecía que no hablaban de nada importante y estaban concertando la unión de toda su vida. Algo desconocido, impalpable, le decía a Mary que aquella vez no se había equivocado.

JUAN CARRANZA

El saqueo de Roma

Como es sabido, la primera guerra entre el emperador Carlos V y el rey de Francia Francisco I terminó con la batalla de Pavía, en la que el mismo Francisco I se vió obligado a rendirse. Durante esta batalla, el romano Camilo Astalli, herido de muerte, piensa en aquel momento supremo en su hija única, Flaminia, a quien ha dejado en Roma al cuidado de su doncella, Vanna, y a la vigilancia de su propia hermana, Olimpia Astalli, abadesa de las Oblatas de Tor de Specchi. Antes de lanzar su último suspiro, hace que su compañero de armas, Molosso de Trau — un lansquenete eslavo, que habiendo conocido en Roma a la joven se había enamorado de ella — le prometa que la amparará tan pronto como termine la guerra. Idéntica recomendación hace a su propio escudero, Marameo, que le ama como a un padre. Ambos se lo prometen, y Astalli muere sobre el campo de batalla.

Apenas recuperada su libertad, Francisco I negóse a cumplir los pactos, y se alió con algunos príncipes italianos contra Carlos V. La guerra volvió a encenderse nuevamente en Italia, pero con suerte desastrosa para los aliados.

Entretanto, a través de los Alpes penetraba en Italia un ejército de 12,000 lansqu Coastes, luteranos, mandados por Jorge Frundsberg, portador de cordones de seda para ahorcar a los cardenales, y de uno de oro para hacer lo mismo con «el último Papa». El Duque de Urbino no se atrevió a atacarle; así es que, después de una batalla con Juan de Médici, llamado el de las *Bandas Negras*, las tropas tudescas cruzaron el Po, y se unieron con el ejército del Duque Carlos. Los ejércitos imperiales, compuestos de españoles, tudescos e italianos, cruzaron el Apenino, atravesaron la Toscana y se aproximaron a Roma.

Entretanto, en la Ciudad Eterna, no habiendo recibido Flaminia en tanto tiempo noticias de su padre, decide trasladarse a Viterbo, con objeto de avistarse con Ghita, la hermana de Molosso, acompañándole en su viaje Vanna, su tía Olimpia y Octavio Páseri, un amigo de la familia que ama secretamente a Flaminia.

Precisamente en aquellos días Molosso envió a Viterbo a Marameo, que desde la muerte de Astalli se encontraba a su servicio, con una carta para su hermana Ghita.

Cuando se encontraron todos, Ghita no supo disimular su turbación, y acabó por mostrar la carta en que su hermano le anunciaba la muerte de Camilo Astalli. Flaminia y Olimpia no pudieron contener su dolor; pero cuando se calmaron hubo de anunciarles Ghita que el ejército imperial avanzaba contra Roma, manifestando a Flaminia que Molosso, su hermano, venía resuelto, además, a conquistar su corazón, porque así se lo ha recomendado su propio padre, al morir.

Tras un breve consejo, decidieron volver los cuatro a Roma, y después de un viaje triste y doloroso, condujo Olimpia a su sobrina a su convento de las Oblatas, a fin de que estuviera más segura.

Un día el Papa Clemente VII, que se interesa por el arte de Octavio Páseri, recibe la visita del artista y de Flaminia, quienes le son presentados



PAULINE FREDERICK

por Olimpia y Baltasar Peruzzi, el arquitecto de San Pedro.

En Roma, el pueblo se halla aterrorizado por la noticia de la aproximación del ejército imperial; los habitantes de la campiña corren a refugiarse en la ciudad, y comienzan los trabajos de defensa de las murallas y del castillo de Sant-Angelo.

Tulia, la cortesana de sangre real, que se halla enamorada de Octavio Páseri, ha inspirado a su vez una pasión al viejo hebreo Samuel Fusaro.

Mientras se cierne sobre Roma esta amenaza, Octavio y Flaminia deciden casarse, y el día 6 de mayo de 1527, el cortejo nupcial se prepara a entrar en la iglesia de los Bastiones del Espíritu Santo, defendidos palmo a palmo por un puñado de héroes que sucumbieron ante la superioridad numérica del enemigo.

Los escasos romanos combatientes, sorprendidos por la súbita presencia de los imperiales, repléganse hacia el castillo de Sant-Angelo; los habitantes, aterrados, refugianse en las iglesias, en los sótanos; encierranse en las casas y en los palacios fortificados.

Mientras el Condestable de Borbón, generalisi-

mo de los ejércitos imperiales, cae muerto al escalar una muralla, el Papa Clemente VII abandona el Vaticano para encerrarse en el castillo, donde tiene lugar una escena indescriptible de terror y confusión al ser levantado el puente levadizo, cuando sólo había entrado una pequeña parte de los fugitivos, entre los que se hallaban Octavio y Vanna. Flaminia es sorprendida y cautivada por Lupo de Ardena, juntamente con Baltasar Peruzzi, dentro del estudio de éste, donde se habían escondido.

Olimpia busca refugio en el palacio de Colonna, junto a Isabel de Este. Lucrecia, la esposa de Bernardino, y su hijo menor, logran salvarse.

Lupo conduce a Flaminia a la casa de Tulia, donde hace instalado Molosso; éste apostrofa a la joven, que trata de fugarse, y la encierra en el oratorio de Tulia, meditando audaces planes. Flaminia, arrodillada ante una imagen de la Virgen, hace voto solemne de conservarse pura toda su vida si escapa del peligro.

Marameo la salva y Molosso es asesinado por sus tropas, que querían apoderarse de Tulia y de sus riquezas.

Octavio logra evadirse, pero los imperiales

detienen y lo conducen al Palacio de la Cancillería, en calidad de rehén.

Vuelto a Roma el Cardenal Colonna, arrepentido de su traición, se instala en el Palacio de la Cancillería, y autoriza a Octavio para salir con su salvoconducto.

En el interior del castillo se empieza a sentir el hambre. Benvenuto Cellini dirige la defensa; el Papa infunde valor a los heridos y enfermos.

Cuando el dinero escasea, hace fundir su tierra para acuñar monedas.

Octavio corre a su casa, en la que encuentra un escrito en el cual le manifiestan que su padre y su hermano han logrado salvarse; después se traslada al convento de las Oblatas, donde recibe la más trágica de las impresiones.

Al salir Octavio de aquel lugar profanado, ve pasar el cortejo de Isabel de Este, entre el cual reconoce a Flaminia y a Olimpia; pero cuando ya va a unirse a ellas, otro grupo de soldados que acechan el convoy para apoderarse de las riquezas de Isabel, lo ve y lo hace prisionero.

Al hebreo Fúsaro no le valió su traición; los imperiales, saquearon su Banco, y le acusaron de monedero falso ante el Príncipe de Orange, que había reemplazado al Condestable de Borbón en el mando de los ejércitos. Su criado, a quien siempre trata con crueldad, demuestra la certeza de tal acusación, y el judío es pasado por las armas.

El Príncipe de Orange se enamora de Tulia, a la que hace su amante, y la instala en el campamento imperial.

Los pocos romanos que quedan en estado de combatir efectúan una salida del castillo, donde la vida se hace cada día más imposible. Octavio toma parte en la refriega, y cae herido. También el Príncipe de Orange fué alcanzado en esta acción por un proyectil.

En el campo imperial, Tulia encuentra el cuerpo inanimado de Octavio, y lo hace conducir a una tienda próxima a la del Príncipe.

No tardó el joven artista en recuperar el conocimiento, reconociendo a Tulia; y como ésta, deseosa de reconquistar su amor, le dijese que Flaminia había muerto, fué tal la desesperación del joven, que, arrepentida, le confesó el engaño.

Y mientras en Viterbo se reúnen Lucrecia con Flaminia y Olimpia, en Roma el cardenal Pompeyo Colonna va al castillo de Sant-Angelo, y, postrándose de hinojos ante Clemente VII, obtiene la absolución de sus culpas.

Siendo la situación insostenible, celebró el Papa consejo con todos sus cardenales, acordándose en él la rendición. Las tropas imperiales ocuparon la fortaleza, y el pontífice quedó en ella prisionero.

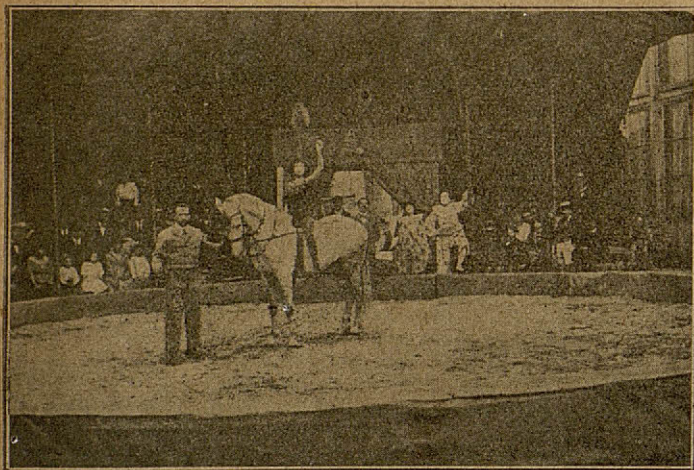
Algunos días después, disfrazado, consiguió el Papa fugarse, en unión de Octavio y Vanna, reuniéndose con Ghita, Olimpia y Flaminia.

Entre Octavio y Flaminia alzábale la barrera infranqueable de un voto hecho por ésta en el trance supremo de su vida: un voto que impediría para siempre la felicidad de entrambos.

Pero Olimpia intercedió con el Pontífice para que relevase de su voto a la desventurada. Accedió Clemente VII, y durante la función de gracias celebrada en la catedral de Orvieto, el Papa impetró al Altísimo la gracia; y los dos felices jóvenes, trémulos de ventura y de emoción, cambiaron entre sí los anillos nupciales...

Trágica aventura

Octavio y Carlos son dos muchachos de un temperamento distinto. El primero es de carácter débil y apenas si tiene conciencia de lo que es



la vida. El segundo es todo lo contrario: es decir, mujeriego, jugador, desordenado. Su última amante es la artista de concierto Ivonne Lielys. Los dos son hijos del marqués de Graniers.

Este decide poner final a la vida anormal que lleva su hijo Carlos. Piensa y cree que casando a éste se terminarán todas aquellas aventuras.

Y a los pocos meses Carlos vive, casado, una vida tranquila, aburguesada.

La artista jura vengarse del abandono de Carlos. Y poniendo en movimiento sus malas artes de mujer frívola, inspira a Octavio una pasión intensa. Pasión que le lleva a abandonar su hogar y emprender una ruta inquietante de privaciones y amoralidad junto a Ivonne.

Octavio se encuentra en un ambiente que tortura por completo su espíritu en los ratos de lujuria.

De su unión con Octavio, Ivonne tiene una hermosa hijita.

En los últimos días, la desgracia se ha ensañado de los dos, zarandeándoles como dos juguetes. No tienen ni un mendrugo de pan que llevarse a la boca. Su situación es extremadamente crítica.

La pequeña criatura crece en este ambiente de dolor y miseria.

El hambre es mala consejera y Octavio asalta una noche la casa de sus padres con el propósito de llevarse algo que le permita atender a las más perentorias necesidades de su vida.

Encontrándose en ella es descubierto por su padre, quien ve, con el natural espanto, a lo que puede arrastrar una pasión malsana.

Afortunadamente todo ha sido un sueño. Octavio despierta de él y se encuentra rodeado de sus familiares, quienes le prodigan toda clase de cuidados y múltiples atenciones.



La joven del cuarto 29

Frank Devon es un muchacho joven, que distrae sus ocios escribiendo para el teatro, cosechando grandes aplausos en la presentación de la primera de sus obras. El éxito le proporciona la felicidad de nuevos contratos, pero la gloria conquistada le hace dormirse sobre los laureles y le cuesta un trabajo titánico volver a escribir... Su colaborador y su hermana se desesperan, y el empresario, al ver perdida la temporada que bajo tan halagado-

res auspicios había empezado, concibe un plan para obligarle a escribir para el teatro.

En cierta ocasión, al anudarse la corbata ante el espejo, se apercebe nuestro escritor de que en la casa de enfrente se ha instalado una encantadora muchachita, cuya divina hermosura refleja con toda fidelidad el espejo de uno de los muebles de la estancia.

Sigue deleitándose en la contemplación de su hermosura, cuando le extraña la expresión de amargura y desaliento que se retrata en el semblante de la joven... La observa atentamente, y, siguiendo sus movimientos, se apercebe de que,

empuñando una pistola, se dispone a poner fin a su vida.

Rápido como una exhalación, Frank se precipita hacia la calle, y por el groom de servicio se entería de que la joven se ha instalado en el aposento núm. 29, en el que hace irrupción cuando ya la joven apoyaba el cañón de la pistola en su sien... A las angustiosas preguntas que Frank le dirige, ansiando saber los móviles que en plena juventud la obligan a dejar el mundo, que todavía debe guardar para ella desconocidas sensaciones, la joven le reprende por haberse mezclado en su vida y atreverse a pedirle cuentas de sus actos; mas luego, ante las súplicas de Frank, accede a acompañarle al restaurant, donde le promete revelar el secreto de su atormentada vida.

En el elegante restaurant, Clara, que así se llama la misteriosa joven, y Frank, se encuentran con el perseguidor de la joven, un individuo de mala catadura, que se insolenta con el escritor cuando ese le exige que deje en paz a la hermosa Clara. Este individuo es el que persigue a Clara y el único causante de sus desventuras. Frank la acompaña hasta su casa y le promete convertirse en su caballero libertador, asegurándole que para ello no le han de faltar arrestos.

El misterioso perseguidor de Clara, que acecha a Frank, le desafía a que le siga hasta su antro para convencerse de la falsedad de la joven, a la que él cree inocente paloma, y éste acepta, llevando consigo la pistola que arrebató a la joven cuando ésta intentaba suicidarse.

En la guarida fatídica le espera a Frank la visión de un espectáculo terrorífico. La joven, acusada de haber revelado a un desconocido los secretos de la criminal organización, es condenada a muerte y Frank oye el pistoletazo, y supone que la joven se ha hecho justicia. Arrojado a un pozo por medio de una trampa, Frank consigue evadirse tras luchar con grandes dificultades, y to-

mando su auto logra introducirse en la guarida de los malhechores y rescatar a la joven en una espantosa noche de tormenta, luchando a brazo partido con los secuestradores, contra los que hace numerosos disparos, dejando a uno tendido en tierra, al parecer sin vida, pero logrando huir con su auto por la carretera que la lluvia inunda.

Tras infinitas peripecias logra Frank llegar a su casa, donde le esperan, llenos de impaciencia, su hermana, su colaborador y el empresario.

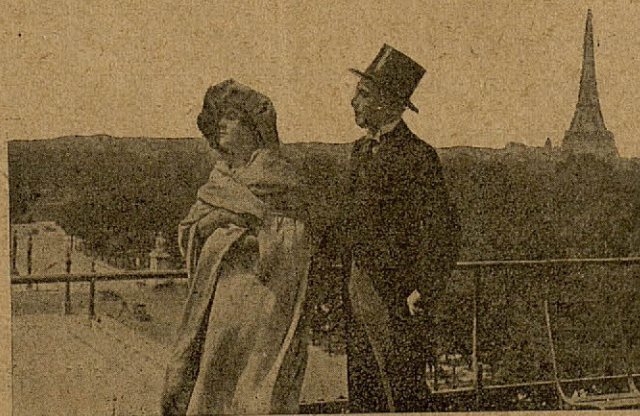
Demudado el semblante, Frank les cuenta su odisea, refiriéndoles que en la lucha ha muerto a un hombre, por lo que no tiene otro remedio que escapar o entregarse a la justicia como homicida...

Entonces penetra en la habitación el secretario del escritor y una colección de comparsas a reclamar su sueldo y a negarse a continuar trabajando porque Frank boxea mejor de lo que ellos creían, y que los trompazos que les propina son demasiado reales y verdaderos...

Frank, que no vuelve en sí de su asombro, escucha entonces de labios de su colaborador, que, para darle una idea para que escribiera su nueva obra, habían urdido la farsa, valiéndose para ello de la hermosa actriz Clara, la joven del espejo, y de unos cuantos comparsas capitaneados por el propio secretario del escritor, con lo que Frank comprende el por qué, al hacer el disparo, no hirió a nadie, ya que utilizó el revólver cargado sólo con pólvora que la actriz tenía en sus manos cuando su fingido suicidio.

Lo ocurrido sirve de tema a Frank para su nueva producción, de la que será protagonista la hermosa Clara, a la que promete que, después de estrenada la obra, emprenderán el camino de la vicaría para juntar las palmas de la gloria académica con las flechas del dios Amor.

— F I N —



Una escena de la gran película TRÁGICA AVENTURA



Comedias de "El"

WATMAN, IMPROVISADO

En esta película EL está estupendamente gracioso. Casi toda la película se desenvuelve en el interior de un tranvía. La señorita que le acompaña en su trabajo no desmerece al lado de EL. También es una gran mimica cómica.

UN RESTAURANT NON-PLUS-ULTRA

Poiralín, hombre galante, ofrece una pirámide de cangrejos en el famoso restaurant Boux-Amé-rique.

EL, nuevo jefe de cocina, ha querido afrontar a la parroquia. Y ha puesto en movimiento un ingenioso procedimineto para servir, que causa la admiración de éstos.

A un cliente que le ha pedido un calamar, se lo pesca en uno de los surtidores del restaurant.

A última hora se declara un fuego en éste, y todos procuran salvarse lo mejor posible de la quema.

«EL» Y LAS BAILARINAS

EL es un hijo mimado, a quien la fortuna no consigue dar espíritu.

Frente al hotel donde él reside, se alza el teatro «Folies Cascadeuses» y EL se enamora de la estrella de este establecimiento, Miss Mary Filempatt. Apercebidos de ello algunos muchachos, le envían un retrato de la danzarina con estas líneas al respaldo: «Yo amo a usted hasta la locura. Venga a buscarme a mi camerino o espérame a la salida».

Encantado, EL se apresura a mostrar a los amigos esta declaración halagadora, y vuela al «Folies Cascadeuses». Pero la entrada de las artistas está guardada por un terrible cancerbero, quien, a pesar de las reiteradas tentativas de EL, lo arroja incansablemente a la calle. Precisamente, la lluvia se pone a caer en forma torrencial. ¿Qué hacer? EL trata de obtener, a precio de oro, un paraguas de cualquier transeunte, aunque no obtiene más que sofiones y puñetazos.

Por fin logra introducirse, siguiendo a un obreiro que lleva una escalera, y deslizándose tras las decoraciones llega al camerino de la estrella.

—Sobre todo — ha dicho el regisseur a ésta — sea usted amable con el señor que vendrá llevando un sombrero de copa, pues es nuestro nuevo director.

Miss Mary Filempatt, equivocada por el sombrero de copa que lleva nuestro héroe, le hace la más graciosa acogida, y EL se cree verdaderamente amado, cuando el nuevo director se hace anunciar. Y EL, despedido un poco brutalmente, ve desvanecerse su bello ensueño.

«EL», ORADOR

El ciudadano Vanitare presenta su candidatura por el distrito donde se imagina tiene más arraigo su personalidad política.

Su hija Dolly tiene los pretendientes a pares: Combran y EL. Dolly tiene más interés por EL. Esta aconseja al elegido que trabaje y vote la candidatura de su padre.

—De esta forma — piensa Dolly — mi padre mirará con buenos ojos nuestra unión.

El candidato se ha traído al distrito un orador de fuerza. Los electores, no dándose por convencidos con el discurso del orador, le han puesto de todos colores con unos palasanes *ad-hoc*.

EL ocupa la tribuna y pronuncia un discurso tan elocuente que le vale la mano de Dolly, el consentimiento del padre y la desesperación de Combran, que le había preparado una mala partida.

EN BREVE

el interesante argumento de la sensacional película de series **LA DAGA MISTERIOSA**, interpretada por el artista preferido de todos los públicos **EDDIE POLO**.

La pequeña siguió por poco tiempo a los muchachos, que la incitaban a huir diciéndole que los guardias la llevarían a la cárcel, pero pronto el cansancio la dejó atrás y sus compañeros desaparecieron.

Se internó en la ciudad, caminando pegada a las paredes y contemplando con extática curiosidad los escaparates de las tiendas. Pronto olvidó cuanto había ocurrido y dónde se encontraba. Las horas pasaban; el frío era cada vez más intenso y la niña continuaba caminando. Pero no podía más; le faltaba la respiración, las fuerzas, y tenía hambre y frío. Se refugió en el hueco de un portal, comenzando a llorar. En aquel momento volvía la Lisiada a su casa, que era precisamente aquella donde estaba la niña. Al verla se acercó.

—¿Qué tienes, pequeña?—le preguntó con dulzura.

—Tengo frío y hambre—respondió la niña.

—¿Cómo te encuentras aquí sola?

—He huido... El tío Nicolás daba cuchilladas... Los guardias me querían llevar y meterme en la cárcel.

—¡Pobre niña! No te abandonaré; los guardias no te cogerán; te esconderé en mi boardilla.

Y la Lisiada cubrió con un chal a la pequeñuela y tomándola en sus brazos subió hasta su pobre habitación, diciendo:

—No hables; no te muevas hasta que te lo diga.

Cuando cerró la puerta, puso la niña en el suelo y encendió un quinqué que colgaba de una de las paredes.

Luego sentóse en la cama y se acercó a la niña, contemplándola. ¡Qué hermosa era! Su rizada cabellera caía sobre sus hombros; sus hermosos ojos azules miraban con dulzura infinita.

—¿Cómo te llamas?—preguntó.

—Mamá Rosa me llamaba «la pequeña»; los demás, «la bastarda».

La Lisiada hizo un gesto.

—¿Luego aquella Rosa no era tu mamá?

—Decían que no, y tío Nicolás le pegaba cuando me besaba.

—¡Qué malo! ¿Querías volver con él?

—¡No, no! ¡Tengo miedo!

—¿Quieres quedarte conmigo? Yo seré tu mamá, te querré mucho, te tendré escondida aquí y los guardias no vendrán a prenderte. Te llamaré Virgencita y tú llámame mamá.

La Lisiada era fea, pero su voz tenía tan dulce acento, que la niña le echó sus bracitos al cuello, diciendo:

—Sí, tú serás mi mamá; así el tío Nicolás no me verá más, no le pegará a mamá Rosa. ¿Sabes lo que decía? «Si no arrojas a la calle a esa bastarda, te mataré, ¡lo juro!»

—¡Pobre ángel!... Virgencita querida... nadie te hará ya más daño, porque yo lo evitaré.

La Lisiada encendió una estufa de barro para que la niña desentu-

—Es preciso llevarse a esta niña—dijo el inspector, que, aunque azeado a aquellas escenas, estaba conmovido.

Grilletta tomó la niña en sus brazos.

—Ven conmigo—le dijo;—seré tu mamá y tú mi virgencita.

Na niña lloraba; no quería dejar a su mamá muerta; quería ir con ella.

Por fin se la llevaron a viva fuerza.

En la boardilla de la Lisiada se encontraron muchos juguetes y dulces, pero no muebles, vestidos y ropa blanca.

En su bolsillo encontraron un mugriento portamonedas con algunos céntimos, un rosario y un certificado de pobreza extendido a nombre de Luisa Bonetta.

Con este papel fue fácil identificar el cadáver. En efecto, pudo averiguarse que Luisa Bonetta era viuda de un modesto ebanista; en su matrimonio tuvo una hija, a la que adoraba, siendo aquella muchacha, por su mala conducta, la causa de sus grandes sufrimientos.

A los diez y ocho años aquella joven desapareció de su casa, y su pobre madre no la volvió a ver hasta después de algunos años en un hospital, moribunda, teniendo apenas tiempo de perdonarla y darle su bendición.

Desde aquel momento la Lisiada encerróse en el más absoluto retraimiento; no hablaba nunca con nadie. Inútil para el trabajo, a causa de su extrema debilidad, atendía a su mantenimiento haciendo encargos y en casa de sus vecinos, ayudándose con las limosnas que recibía de algunas congregaciones religiosas.

El amo de la casa que la había recomendado a la portera, fue llamado a declarar, atestiguando que la difunta era una honrada mujer religiosa, de buen corazón y creía que la niña que vivía con ella se la habría confiado su hija antes de morir en el hospital.

Sacaba esta consecuencia por haber oído a la Lisiada estas palabras:

—Esas desgraciadas que abandonan a sus hijos... no tienen perdón de Dios; por fortuna a menudo se arrepienten y hay personas caritativas que les hacen las veces de madre. ¡Perdonadla, Señor!

Así es que a la niña misteriosa, de la cual no se podía saber su origen, se la creyó nieta de la Lisiada y le pusieron por nombre Virgencita Bonetta.

Aquel hermoso apelativo que le daba la difunta, hizo lo convertirse en nombre la fuerza de la costumbre.

Todos los vecinos de la Lisiada acompañaron su cadáver hasta el cementerio, y volvieron a consolar a la pequeñuela.

Grilletta quería tenerla consigo, adoptarla, pero no era posible.

La hermosa joven no estaba en edad ni condiciones de poderlo hacer.

Era una buena muchacha, todos la tenían por honesta, pero la índole de su trabajo de florista y bailarina al propio tiempo, ya que formaba parte del cuerpo de baile del «Teatro Regio», no era la más a propósito para encargarse de la educación de Virgencita.

Por fin acordaron los vecinos confiar a la niña al cuidado de la señora Brera, viuda de un oficial, mujer de muy buenas costumbres y la cual ofreció hacerse cargo de la huérfanita.

Pero la señora Brera no era rica; vivía con gran estrechez de una mísera viudedad que el Estado le asignó, y la cual no bastaba al mantenimiento de su casa.

Por esto se convino entre los vecinos, desde el más rico al más pobre, desde los bajos a las boardillas, en que contribuyeran todos a medida de sus fuerzas, a fin de atender convenientemente a la pequeña.

Y Grilletta se encargó de recoger mensualmente, de puerta en puerta, la caridad en una alcancía que regaló a Virgencita.

La proposición fué aceptada por todos. Verificándose una vez más el triunfo del bien, en una clase de gente que no vivía en la opulencia, sino necesitada ella misma del socorro. En la antigua casa de la calle Cottolengo, entre los muchos inquilinos, la mayoría eran pobres obreros.

Sin embargo ninguno dejó de socorrer a la pobre niña, a la que decían llovida del cielo para bendición de aquella casa.

IX

Virgencita era la hija de Estefanía, la pobre criaturita que la desventurada madre puso bajo la protección de la Virgen de las Nieves.

Apenas se alejó la marquesita Montepiana, acertó a pasar por el santuario una caravana de caldereros y mendigos que atraviesan a menudo las comarcas, lejos de las grandes capitales y vías de comunicación, temerosos de encontrar a su paso a la policía.

La caravana, compuesta por dos hombres, dos mujeres y dos niños, hizo alto ante la ermita. Las mujeres, que se acercaron a la capilla para pedirle a la Virgen les deparara un refugio en aquella noche tan cruda, lanzaron un grito de sorpresa.

Habían descubierto el envoltorio depositado momentos antes por Estefanía en aquel lugar.

La más joven lo tomó en sus manos, viendo con sorpresa que era una niña.

—Mirad—dijo a los hombres—el bonito regalo que me hace la Virgen.

—¿Una criaturita viva?

—Sí, y bien tapada. Habiendo sido colocada ahí, puede tomarla quien la quiera. ¿No es cierto? Me la quedo.

—Tanto te lamentaste—exclamó la anciana—cuando la muerte te arrebató la tuya, que Dios te concede ésta. ¿Haces cuenta, pues, de tenerla?

—Ciertamente.

La caravana se alejó llevando consigo la hija de Estefanía.

Pronto tuvieron recompensa a tan buena acción, pues en una masía próxima a aquel lugar, no sólo encontraron albergue, sino también pan, manteca y una botella de vino, con que les socorrió el dueño de la finca.

No dijeron palabra sobre el hallazgo de la niña. La mujer, a quien no se le había retirado la leche, pudo amamantar la criaturita, que cogió con avidez el pecho.

Rosa, tal era el nombre de la calderera, desnudó a la niña, creyendo encontrar oculto entre los pañales algún tesoro o algún indicio que sirviera para reconocerla; pero sólo encontró una medallita de plata y un escapulario de la Virgen de las Nieves.

—No importa—murmuró Rosa;—el tesoro que esperaba encontrar no serviría para que amase más de lo que amo a este ángel de Dios.

Al amanecer partió la caravana y nunca supieron que aquella niña que encontraron abandonada fuese objeto de tan activas pesquisas. Rosa hubiera preferido devolverla, a hacerla partícipe de existencia tan penosa.

Si la joven calderera tenía buen corazón, no sucedía lo mismo con sus demás compañeros, que pronto empezaron a lamentarse de que una bastarda inútil para el trabajo les quitase parte del poco pan con que se mantenían.

Apenas contaba dos años la pobre niña y ya la habían enseñado a pedir limosna con acento lastimero para mover a compasión a los caminantes.

Las monedas llovían en sus manos pequeñas, pero los dos chiquillos se las arrebataban y la pobre niña volvía siempre con el bolsillo vacío, lo que excitaba la ira de la vieja, que hubiera acabado con ella a golpes sin la intervención de Rosa.

A principios del tercer invierno que la pequeña pasaba entre aquella gente, había ésta sentado sus reales en las afueras de Turín.

Una noche, uno de los hombres de la compañía, el peor, trabó acalorada disputa con unos campesinos que por broma le habían escondido una caldera. De las palabras pasaron a los hechos, y el calderero, en el colmo del furor, sacó un enorme cuchillo, atacando salvajemente a los labriegos.

Se produjo un tumulto indescriptible; oíanse voces e imprecaciones, y el grito de huida de la caravana.



PREGUNTAS

- 78.—Mi novio desea saber algún procedimiento para limpiar boquillas de espuma.—*Mary*.
 79.—Me conviene conocer un procedimiento para quitar las manchas de aceite y de grasa.—*M. L.*
 80.—¿Cómo podría limpiar un imperdible de marfil ennegrecido por el uso?—*Lola*.
 81.—Tengo 30 años y temo mucho «ajamornarme». ¿Cómo evitarlo?—*E.*
 82.—He leído la frase «No te duela lo que se pierda». ¿De qué autor es?—*Mónik*.
 83.—¿Cómo limpiaría los objetos de plata Miele?—*Ama de casa*.
 84.—¿Cómo se confecciona un buen «pudding»?—*Anita S.*
 85.—¿Cómo exterminar las moscas?—*P. P.*
 86.—¿Existe algún remedio para quitar las manchas de la cara?—*Una pecosilla*.

RESPUESTAS

- 78.—Dígale a su novio que para limpiar boquillas de espuma lo mejor es meterlas en leche fría y hervirlas al baño maría o fuego muy lento.
 79.—Además de las recetas conocidas, hay otra para quitar las manchas de grasa y de aceite. Consiste en el empleo de unas bolitas que se hacen del siguiente modo:
 Ráspese jabón blando y tamícense finamente cenizas de vid; tómense partes iguales de cada substancia, y anádaseles polvo de alumbre de roca quemado y tártaro pulverizado; mézclese todo y háganse bolitas de pequeño tamaño.
 80.—El marfil se limpia con una pasta ligera compuesta de sal volátil, cal apagada en polvo y aceite. Métase un trapo en la pasta y frótese con ella el marfil; después se aplica a éste una capa de la pasta, se la deja secar y se cepilla.
 81.—Es difícil evitar la acción de los años. Para evitar que el cuerpo se deforme, es muy conveniente darse masaje con alcohol en el momento de acostarse, y dormir con una faja de punto inglés, de seda, sujeta sin oprimir, y evita el desarrollo de grasas, que son el enemigo más temible de la esbeltez.
 82.—Seguramente la frase a que alude es «De las cosas perdidas non te debes doler», del *Libro de los ejemplos*.
 83.—Los metales blancos, todos se quedan como nuevos con bicarbonato y alcohol, frotándolos después con un lienzo gordo y al final con la gamuza. Esta operación basta con hacerla una vez por semana si diariamente se frotan con un cepillo compuesto de trocitos de gamuza, que se introducen entre los dibujos y los abrillantan con el mayor detalle.
 84.—Se toman las yemas de doce huevos y, batiéndolas bien con medio litro de leche, se añaden 300 gramos de azúcar. Póngase a cocer a la lumbre, echando una cáscara de limón, que se quitará cuando haya dado gusto. Se unta con man-

teca un molde de hacer «puddings» y se espolvorea con harina, echando en él la crema. Póngase al horno a cocer, cuidando de que el calor no ataque mucho por encima del molde.

85.—Para librarse de esta pesadilla del verano, deben frotarse en diferentes partes el maderaje de un aposento, los espejos, muebles, etc., con aceite de laurel, cuyo olor las ahuyenta en seguida.

No pudiendo valerse de este medio, se podrá destruirlas asimismo poniendo en la habitación muchos platos cubiertos de un baño de miel, a la que, acudiendo las moscas, quedan allí presas por las patas.

En las cocinas se cuelgan del techo algunos manojos de parietaria, en la que se ceban las moscas.

86.—Pruebe lo siguiente:

Yodo, 15 gramos; yoduro de potasio, 15 ídem. Disuélvase en 80 gramos de agua destilada. Tocar las manchas con un pincel empapado en esta mixtura, que es ligeramente cáustica.

Andalucita.—Un muchacho de 16 años.—*F. M. P.*—*B. Seitz*.—Dos tórtolos.—*Pepita*.—*M. B.*—Seis amigas.—*Clementina*.—*Marta*.—*Mari*.—*Santos*.—Una jovencita.—*Saco*.—*F. C. M. E.*—Una mariposa.—*Conchi*.—Una curiosa.—*Amapola*.—*Lulú*.—*Lili*.—Una paloma.—Una loquilla.—*Margot*.
 Aguardan turno sus consultas.

CORREO DE MABEL

Una loquita entusiasta: Por lo que dice, puede obtener un buen resultado. Pero... como faltan otras condiciones...—*Nara*: Las he leído. Tiene bellas ideas, pero su estilo es excesivamente rebuscado.—*Ignoro su estado civil*. ¿Puede ello interesarla?—*Maria Consuelo*: Muy agradecida.—*Una perilita de ojos azules*: Puede ser—y así será, seguramente—que está enamorado de usted.—*Un joven diablillo*: ¡Cualquiera contesta a tal pregunta! ¿Como si este tema tan espinoso pudiera tratarse en términos gentrales! Y conste que el «retintín» sobra.—*Juanita C.*: El cariño solamente puede obrar el milagro, si él es de ley.—*Un operador de cine*: No existe ninguno que resulte de utilidad.—*Portlands*: Con los dedos pulgar e índice.—No tiene traducción.—*F. Grau*: Procure saber los lugares que frecuente con su familia y vea de entrar en relación con ésta. No haga cursilerías.—*Rosa*: Sería un error. El aceite de ricino es bueno para hacer crecer las pestañas, pero no los párpados. Lo mejor es masaje y gimnasia ocular.

Suplico a mis queridas consultoras que formulen sólo preguntas «contestables». ¡Si se imaginan el trágico que dan a esta su servidora con sus fantasías!

Recibo la siguiente misiva:

«Srta. Mabel:

Adjunto letra del cuplet «Indostán» para complacer a usted y a Palma:

Dios de los amores
 enloquecedores,
 que tiene su trono
 en el corazón,
 hechas tengo con mis flechas
 víctimas amantes
 que mueren de pasión.

Refrán:

La mujer,
que en amores
da dolores y placer,
y un galán
que su hechizo
busca siempre con afán
sin cesar,
sé a mi gusto
y mi capricho manejar,
pues vencer
a Cupido nadie ha de poder.

Del jardín florido
donde tiene el nido
de sus ilusiones
todo el que ha de amar.
Ave soy que el vuelo sabe
tender caprichosa
y el nido dejar.

(Refrán)

No sé si existirá otra letra de este cuplet; éste es el que yo he oído cantar dos veces.»

MABEL



Correspondencia

Pily Mayor: Diríjase a esta Redacción, a su nombre.

P. Soláns: Es muy endeble, y, por lo tanto, no sirve.

A. Medrano: 1.º Hay algunos números agotados. 2.º Tener condiciones, talento, cultura y... suerte.

Un suscriptor: En castellano no hay ninguno recomendable. Esta es la pura verdad.

Rosa: No. Es mejor que compre usted los números sueltos.

Un bebé: ¡Vaya usted a saber! Pero los diarios italianos dicen que después de casada se retirará a su hogar. Lo siento por usted si es «berlinista».

Marcelo García: Mabel London es una amable señora que se presta a cursar las cartas de los artistas que no tienen domicilio estable. «Tío Sam» es la representación del tipo popular yankee, como «Jhon Bull» lo es del inglés.

R. Verdejo: Ms. Eddie Polo y William Duncan, viven, afortunadamente.

Antonio Más: Es Bebe Daniels una de las artistas más hermosas.

Forré M.: Es una bella película, creación de la malograda Baby Deslis. ¿Qué más desea saber?

Haimais: Se publicará, pero ignoramos cuando.

Rafael Escudero: Según. Si no tiene condiciones físicas e intelectuales, es inútil que gaste dinero en academias.

Fernando Castellanos: Se va intensificando el envío a cada minero. Hay alguno de ellos agotado. Moreno viene a España... pero no sabemos cuando. No tenemos nada que ver con el otro.

Juan Roda: «S. A. Saur». Paseo de Gracia, 103.
Luis Vidal: George Walsh: 130, West 464, Street, New York City.

Roquer: Musy. Puede escribirle a la casa Gaumont, 53, Rue de la Villette, París. Es francesa. Ha estado en Barcelona. No creemos que piense volver. Trabaja por dicha casa.

Tomasa Zapirain: Vea lo contestado a Luis Vidal. Habla francés.

Uno del Masnou: Edith Thomson: Vitagraph Ca. N. Y. No sabemos lo que pregunta. Es muy probable.

Flimsy: Las ignoramos, pero hemos solicitado datos para complacerle.

Beatriz: Sí. 32 años.

Admiradores: Jack: 32 años. Sí. No lo era. Está restablecido. Mary Osborne: nació en 1911 en Denver-Diando Studio Long Beach, California. Puede probarlo. De «Africa» ignoramos el nombre.

Petría: Bert Lytell. Metro Studio 1025, Lillian Way, New York.

Un payés: Está obscurecido. André Brabant. Viola Dana. Puede probarlo.

REGALOS DE «CINE POPULAR»

CINE POPULAR ofrece a sus lectores, gratuitamente, una colección de patrones, cortados según los más recientes modelos de la moda, merced a un convenio celebrado con la acreditada casa de figurines *Ediciones Pax*, Rambla del Centro, 11.

A la presentación de diez cupones análogos al que publicamos a continuación, y que iremos publicando en números sucesivos, en la Redacción de CINE POPULAR se entregará gratuitamente un valioso patrón.

Cine Popular

Serie segunda

Cupón núm. 2

A NUESTRAS AMABLES COLECCIONISTAS DE CUPONES

Pueden mandar a esta Administración, Rambla del Centro, 11, entresuelo, los 10 cupones, expresando muy claramente su nombre y dirección a que haya que remitirle el patrón gratuito que regalamos.

TALLERES GRÁFICOS COSTA, ASALTO, 45.—BARCELONA

¡EMPRESARIOS!

Obtendréis el más alto favor del público presentando las colosales obras de la CINEMATOGRAFÍA:

Éxito creciente en
: cada película :

Casanovas y Piñol

CALLE VALENCIA, 278

: **BARCELONA** :

Corazones del Mundo Sobre las Ruinas...! THAIS Nacimiento de una Nación La Muda de Portici En breve... Gran serie...

LA CASA DE DON VICENTE LLORENS ASENCIO, DE SEVILLA

se complace en dirigirse a las casas vendedoras de películas, para manifestarlas que habiendo establecido el negocio de alquiler, compra y venta de películas y toda clase de aparatos y accesorios cinematográficos para Andalucía. Comprará toda clase de películas de stock, series y películas nuevas en exclusiva para España y Portugal. Con el mismo fin ha nombrado agente comprador representante en Barcelona al conocido actuuario **Don José Vilá** a quien deberán dirigirse todas cuantas personas les interese.—**VICENTE LLORENS**, Rioja, 8, Sevilla. **JOSE VILA**, Consejo Ciento, 424, principal, segunda, Barcelona.

Éxito continuado de las magníficas SERIES de producción francesa

IMPERIA 12 episodios

Las tres semillas negras

8 episodios

EL VENGADOR de la acreditada marca
VITAGRAPH. 15 episodios. Colosal interpretación del celebrado **William Duncan**

PROCINE, S. A.

CALLE DEL CONSEJO
DE CIENTO, Núm. 332.
TELÉFONO NÚMERO
4291 A. - BARCELONA

CINEMATOGRAFICA

VERDAGUER, S. A.

RAMBLA DE CATALU-

ÑA, 23. BARCELONA

E

EL PUBLICO AMANTE DE LAS BELLAS PRODUC-
CIONES VERA CON GUSTO

LA CASA DE CRISTAL

COMEDIA SENTIMENTAL,
CREACION DE LAS GRAN-
DES FIGURAS DEL ARTE MUDO ITALIANO.

MARIA JACOBINI

Y

AMLETO NOVELLI

EDICIONES FERT

PROGRAMA
VERDAGUER